

DUNGEONS & DRAGONS® AVENTURA SIN FIN

Tú eres el héroe de la aventura
enfrentate con dragones y espíritus malignos.
De tus decisiones depende tu supervivencia.

El Circo del Terror

Rose Estes



Eres Laela, una huérfana, que trabajas como criada en una posada, «La Corneja Ebria», junto con tu amigo Petras.

Un día vais a ver una representación circense. Antes de que empiece la función escucháis una conversación por la que os enteráis de que el malvado propietario del circo, Bombax, ha urdido un maquiavélico plan para apoderarse de vuestro país de Greyhawk y convertirse en su gobernante. Para ello dispone de unas monstruosas criaturas que usurpan misteriosamente la personalidad del ser que él desea. El rey de Greyhawk es, por lo tanto, la próxima víctima.

Bombax os descubre y, como sabéis demasiado, os obliga a permanecer en su terrorífico circo, teniendo la oportunidad de conocer a los horripilantes seres y bestias que lo pueblan.

¿Serás capaz, Laela, de explicar esta historia a quien pueda ayudarte para desenmascarar a Bombax?

Dedico este libro a Tami Hess
y a cualquier otra muchacha
que se atreva a ser una herína
así como a D. R. Miller
y al Circo Carson & Barnes

¡ATENCIÓN!

Este libro pertenece a la colección «AVENTURA SIN FIN», de «DUNGEONS & DRAGONS». Entre sus páginas encontrarás la emoción de vivir muchas aventuras en tierras y reinos fantásticos, poblados de dragones, orcos, halflings, elfos, magos, etc.

Puedes leer el libro muchas veces y llegar a distintos finales, de modo que si tomas una decisión imprudente que te conduce a un fatal desenlace, retrocede al principio y comienza de nuevo.

Este relato contiene muchas elecciones: las hay sencillas, sensatas, temerarias... e incluso muy peligrosas. Estas elecciones las encontrarás siempre al final de las páginas.

Las páginas que no tengan elecciones debes leerlas normalmente, o sea, seguidas. Además, al final de cada libro encontrarás una relación y descripción de todos los seres extraños que aparecen en el relato.

Recuerda, tú eres quien toma las decisiones, tú eres el héroe y en tus manos está tu propia supervivencia.





En este relato eres Laela, una muchacha que visita el circo con su amigo Petrus. Has venido para presenciar el espectáculo, que está cosechando un gran éxito. El maestro de ceremonias se dispone a presentar la primera atracción.

¡Damas, caballeros y niños de todas las edades! El fantástico Circo de los hermanos Bombax se enorgullece al presentarles el mejor elenco de artistas de Greyhawk, entre los que se encuentran seres mortales y monstruos extraordinarios. Les asombrarán, les interesarán, les deleitarán y les asustarán.

—Y ahora les rogamos que presten atención a la gigantesca jaula de acero preparada en la arena central. Podrán contemplar el torbellino de furia que provocarán los felinos maulladores de negras crines y los temibles asesinos de la jungla —enemigos mortales por naturaleza— ¡bajo la dirección del magnífico Rebus Romney!

—Laela, apresúrate o llegaremos tarde. Creo que ya ha comenzado —te reprende Petrus.

—No podemos irnos —protestas—. Es un pecado encadenar a un pegaso. Entra tú. Yo te seguiré dentro de unos minutos, después de acariciar a este precioso animal.

—Niños, ¿qué estáis haciendo? —os increpa un hombre corpulento que acaba de aparecer en el claro—. Soy Bombax, el propietario del circo y también de ese pegaso. ¡Dejadlo en paz!

—Sólo le hacemos compañía.

—¿No le alimentan nunca? —pregunta Petrus.

—¡Por supuesto que lo hacemos! Pero se niega a comer. He malgastado en ese equino cinco mil monedas de oro, y espero que no tarde en morir —explica el fornido individuo, golpeando la piel del frágil pegaso con sus torpes y gra-sientos dedos.

—¡Pero no puede abandonarlo a tan triste destino! —ex-clamas horrorizada—. ¿Por qué no le devuelve la libertad?

—¡Jamás! Lo he comprado y es mío. Si no me obedece, su fin está sentenciado: lo disecaré para colocarlo en las ca-setas de las criaturas monstruosas. Pero eso es algo que sólo me concierne a mí de modo que alejaos de aquí y dejad de meteros en los asuntos ajenos —ruge el hombre, obligán-doos a retroceder.

—¡Petrus, tenemos que hacer algo!

—¿Como, por ejemplo, romper sus cadenas? —pregunta tu amigo, mientras camináis hacia la iluminada carpa central.

—¿Crees que lo conseguiríamos? —le susurras.

Cobijándose en las sombras, Petrus abre la mano. En su palma hay una llave de plata.

—¡Petrus! —gritas rodeándole el cuello con tus brazos—. Siempre temo que te atrapen, pero hoy me alegro de que poseas esa rara habilidad para vaciar bolsillos. ¿Lo intenta-mos ahora mismo?

—No, este lugar está demasiado concurrido. Lo mejor será asistir al espectáculo. Cuando termine y todos vayan a acostarse, nos acercaremos al infortunado equino para sol-tarlo.

—Pero, Petrus, cuanto más tiempo tardemos en llegar a casa peores serán los problemas a los que tendremos que hacer frente.

—¡No utilices esa palabra! —te espeta Petrus—. En las casas reina el amor, y que yo sepa nadie me profesa el me-nor cariño en La Corneja Ebria. De todos modos, nos propi-narán una paliza cuando regresemos, de modo que poco importa un minuto más o menos. Ven, veamos las atraccio-

nes. —Asiéndote por el brazo, Petrus te arrastra al interior de la carpa.

Durante un tiempo tu hambre y la sensación de soledad que te invade se desvanecen, conjurados por la magia del circo. Sólo cuando se disipan en el aire las notas de la trompeta que anuncia el final te agitas en el duro banco de madera.

—¿Ahora, Petrus? —preguntas.

—Esperemos hasta que hayan desmontado las tiendas. Es una lástima que se vayan mañana. Pienso que sería divertido unirse a ellos para conocer casi cada día lugares nuevos y personas distintas.

—Cállate, Petrus, la sola idea me produce escalofríos —dices con un incontrolado temblor.

En el exterior una densa niebla lo cubre todo con su fantasmal manto. Se perfilan en la bruma unas inmensas siluetas que se alzan a una altura imponente sobre vuestras cabezas.

—Mastodontes —declara Petrus sin vacilar—. Ellos son los que derriban los pilares de la carpa. Fíjate.

Destacándose contra el resplandor de las oscilantes antorchas, las descomunales criaturas van de un lado a otro cargadas de pértigas. Incluso enrollan la lona con su paso cansino. De pronto, imponiéndose a los gritos de los animales, oyes el retumbar de un trueno.

—Me temo que tenemos tormenta, Petrus.

—Tanto mejor para nosotros —responde tu amigo y, cuando empiezan a caer las primeras gotas de lluvia, señala un carromato rojo adornado con unos dibujos dorados—. Nos esconderemos allí hasta que todos duerman.

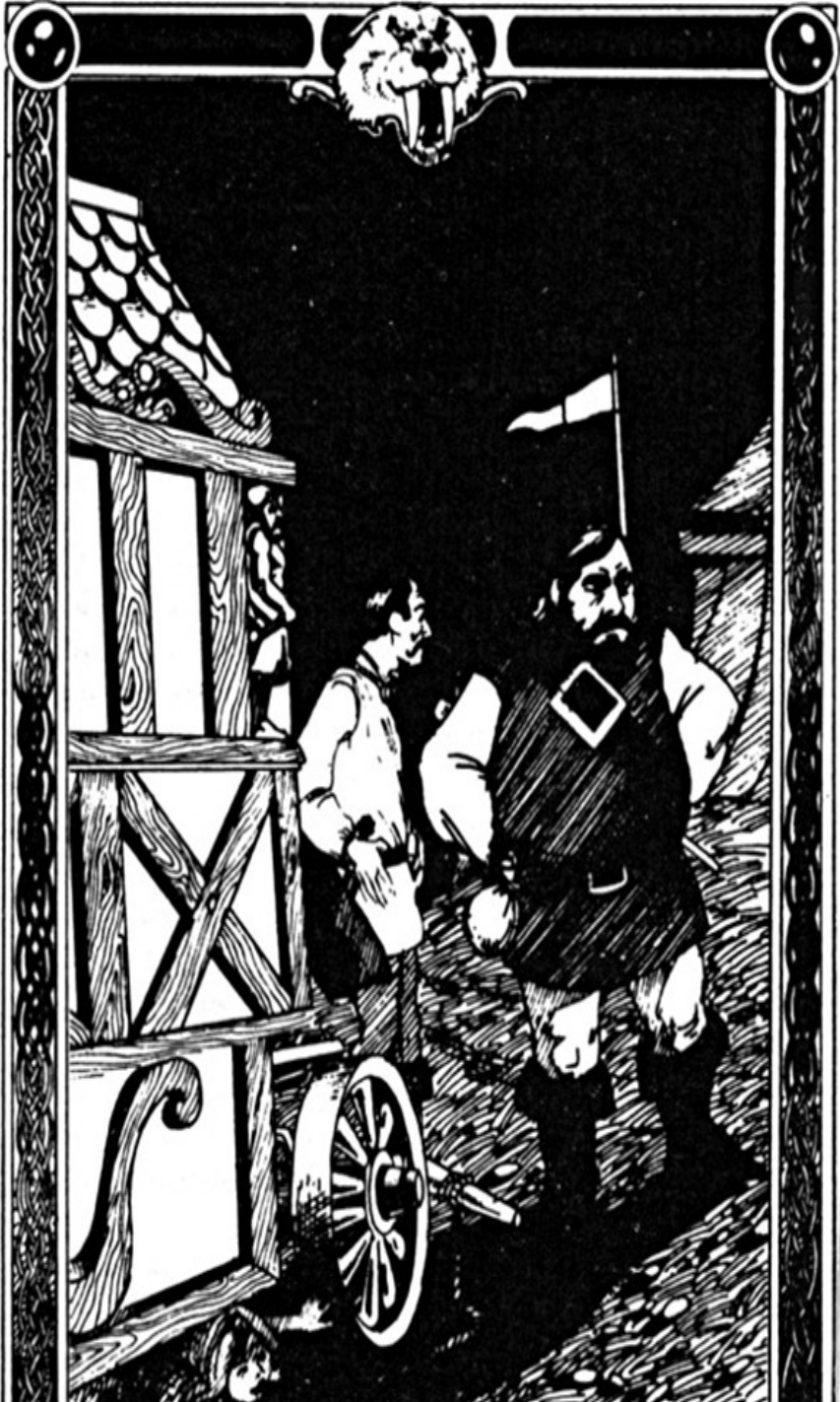
Os colocáis bajo la casa ambulante, acomodándoos lo mejor posible. Cuando empiezas a dar cabezadas, vencida por el cansancio, te sobresaltan unos pasos por encima de vosotros.

—Hoy todo ha salido a pedir de boca —declara una áspera voz—. Sólo cuatro hombres se interponen entre noso-

tros y el control absoluto de Greyhawk.

—¿Crees que lo conseguiremos? —pregunta, nerviosa, una segunda voz—. Esos individuos no son estúpidos.

—Clusia, no puede fallar. Nadie conoce nuestras intenciones, salvo tú, yo y los sustitutos. Lo único que has de hacer es preparar para mañana a los siguientes usurpadores. Verás como nuestra estratagema surte el mismo efecto de siempre. Dos autoridades entran en la tienda de la adivina y en un santiamén, como por arte de magia, salen sus réplicas exactas, tanto en el porte como en los ademanes, aunque con una sustancial diferencia: los dobles obedecen nuestras órdenes.





—Sólo me preocupa la posibilidad de que surja un contratiempo, Bombax.

—Tranquilízate, yo me encargo de supervisar la ejecución de nuestros planes —insiste la voz profunda, añadiendo con tono amenazador—: Mataré a cualquiera que ose inmiscuirse.

—Vamos, Laela, salgamos de aquí —susurra Petrus, al mismo tiempo que se desliza hasta el otro extremo del vehículo para abandonarlo sin que los que hablan os vean.

Sin que os importe la fina lluvia, corréis en pos del pegaso. Mientras tú te abrazas a su cuerpo húmedo y tembloroso, Petrus, con sus hábiles dedos de prestidigitador, introduce la llave en el candado.

—¡Rápido, amigo! —lo apremias cuando uno de los mastodontes emite un grito que podría propagar la alarma.

—¡Lo estoy intentando, pero se ha atascado! —protesta Petrus en el momento en que un rayo parece hender la bóveda celeste.

Estrechas tu cuerpo contra el de la bella criatura. Ves que una lágrima furtiva se desliza por su hocico. Cuando la tocas con el dedo, su acuosa textura se transforma en cristal y cae sobre tu mano, donde permanece inmóvil como una refulgente estrella. Asombrada, contemplas los argénteos ojos del pegaso.

—Nunca te olvidaré —susurra—. Desde hoy formarás parte de mi ser. Si necesitas mi protección o mi presencia, no tienes más que acariciar la lágrima o formular un deseo.

Otro relámpago surca el aire, muda de pánico, ves que la puerta del carromato rojo se abre bruscamente. Un rugido de ira brota de los labios de Bombax cuando, acompañado por el maestro de ceremonias, se debate para atravesar el angosto dintel.

—¡Alto! —vocifera Bombax.

Su advertencia llega demasiado tarde. Con un sonoro chasquido metálico, el candado se abre y caen las cadenas.

—¡Huye sin perder un instante! —azuzas al prisionero.

—No te olvidaré —insiste el pegaso antes de desplegar sus emplumadas alas y desvanecerse en la húmeda noche.

—¡Corre, Laela! —te ordena Petrus avanzando a trompicones sobre el enfangado suelo. Sin embargo, tú permaneces hierática como una estatua, sin dejar de observar el lejano punto por donde ha desaparecido el equino volador. De pronto una pesada mano descarga su peso sobre tu hombro, obligándote a volverte para enfrentarte a Bombax.

—¡Acabas de costarme una fortuna, bribona!

—¡No me importa! Ahora es libre y no puedes volver a lastimarlo. Ignoro qué vas a hacer conmigo, pero ha merecido la pena —replicas desafiante.

—¡Déjala tranquila! —vocifera Petrus abalanzándose contra Bombax y aporreando su enorme cuerpo con ambos puños. El propietario circense agarra con su manaza la espalda de tu compañero y estira el brazo, sosteniéndolo en el aire.

—Clusia, ve a llamar al alguacil. Le entregaremos al muchacho para que lo ahorque.

—Y tú vuelves a casa, niña —te ordena, tras apartarte de un empujón—. Puedes dar gracias a tus dioses de que no te utilice como menú de uno de mis monstruos.

—No —repones con voz serena pero decidida—. Suelta a Petrus o hablaré.

Bombax emite un extraño gruñido y se inclina hacia tu rostro.

—¿De qué vas a hablar, pequeña? —inquire.

—Estábamos debajo del carromato y hemos oído vuestra conversación. Devuélvenos la libertad o estoy segura de que alguien estará interesado en escuchar tan asombrosa historia.

Bombax estira los pliegues que ha formado su túnica sobre su propio estómago y dice con aparente calma:

